

## “NECESIDAD DE UNA NUEVA DISCIPLINA MIXTA” (o Los antiguos no eran tontos)

Si pudiera hacerse un resumen certero y eficaz, sorprendente y atractivo de estas veinte hojas diría algo así como que “Durante siglos se ha citado de carrerilla a las masas a la vez que se han hecho irrenunciables para las clases cultas una serie de paradigmas que se han cebado en el ámbito de Las Humanidades y que se han presentado la historia de occidente como un fenómeno surgido de Grecia y Roma, determinando que antes no había nada, pero que esa letanía ha empezado a hacer agua”.

Imagínese el lector algo que antes de estar asfixiados por tantas Normas se veía muy a menudo en cualquier calle: Un obrero de “peso pluma” tratando de verter el hormigón en una carretilla: El hombre se colgaba del volante de la amasadora y apenas colaban unas cucharadas a cada vuelta hasta que... súbitamente el hombre podía a la máquina y todo el contenido cae de golpe salpicando a los curiosos...

Algo así está a punto de llegar al mundo de la Toponimia y Etimología en cuanto se comiencen a aplicar masivamente la combinación del Euskera arcaico con otras lenguas cercanas y con varias disciplinas científicas y nuevas tecnologías, que la masa de novedades va a remover estanterías y asientos y van a surgir inteligencias que estaban marginadas para mostrarnos un tránsito diferente del que nos han contado que sucedió entre Prehistoria e Historia.

En lo más cercano, es como si los eruditos destacados a partir del siglo XIX en España y los países cercanos como Italia y Francia se hubieran puesto de acuerdo para tejer una historia de tres milenios que explique todo un proceso evolutivo que –ahora se sabe con certeza- no fue tan corto sino que duró cientos de miles de años y lo hagan con gran desparpajo.

No debe extrañarnos que tanto la gente sencilla como los “sabios” de hace ciento cincuenta años, creyeran a pies juntillas que la historia de la humanidad se ajustaba a los cuatro mil y pico años, que según las genealogías del Antiguo Testamento enlazaba ese siglo de las luces con la creación de Adán y Eva. Esa convicción tardó en tambalearse incluso cuando Darwin demostró que la evolución necesitó millones de años para dar con los seres tal como éramos.

Tardó en tambalearse, pero dejó una huella perceptible en los criterios que esos eruditos emplearon para limitar la historia a los tres mil años de los que se disponían epigrafías o datos copiados y transmitidos y obviar toda una época cientos de veces más larga, con la disculpa de que “no se disponía de referencias”. Hay varios pecados en el monopolio de la cultura; quizás el principal es que nunca se echó mano de la lengua vasca para ayudar en las unas investigaciones que debieran haberse acometido hace siglos.

Otro pecado que persiste, es que aún hoy, siglo y medio después de aquella conmoción, los sistemas culturales y los paradigmas que se usan para formar a nuestros jóvenes y para mejorar el conocimiento del pasado, siguen a gusto con aquellas simplificaciones y cierran el paso a una nueva modalidad de la información que ahora comienza a aflorar y de los conocimientos que ahora se tienen sobre climatología, edafología, fauna, flora y ecología, sobre antropología y –sobre todo- a la ayuda que pueden prestar idiomas como el Euskera.

Si alguno de los lectores busca profundizar en la franja entre historia y prehistoria en los países vecinos citados o en la propia España, verá que hay una

serie de preceptos repetidos, que dificultan el desarrollo de la inteligencia y del espíritu crítico. Pecadillos veniales que en conjunto hacen mucho mal.

Veamos algunos de ellos:

**ASENTAMIENTO.** Este concepto se repite con insistencia, dando a entender al lector o al estudiante, que la humanidad tiene vocación sedentaria; que estar asentado en un lugar es el destino de una familia, una tribu o una población mayor; que es el estado natural y que con tal estado se alcanza un sosiego que permite afianzar conocimientos y avanzar en la inteligencia, en la justicia y en el bienestar y que no es la desgraciada consecuencia de una explosión demográfica que ha sido bendita por iglesias y estados que solo pensaban en sus cepillos o en sus haciendas.

Según ese planteamiento implícito, solo algunos elementos díscolos piensan en explorar o en ir “más allá” en tanto que las condiciones de vida son llevaderas. Solo cuando hay hambrunas, plagas, invasiones u otras desgracias, los contingentes se ponen en marcha para buscar un nuevo asentamiento.

Todo esto es absolutamente falso, las características físicas y psicológicas, la capacidad de asociación y la necesidad del género humano de “prestar” sobre otros seres, le hicieron y le hacen ser una de las especies dinámicas por excelencia. A diferencia de un conejo (por ejemplo) que puede pasar toda su vida sin ir más allá de una milla o de un lobo, que raramente superará las cien, el hombre ha ocupado desde hace cientos de miles de años desde las tundras y los casquetes polares hasta desiertos como el Kalahari. Para ello ha tenido que crear las tecnologías necesarias y ha tenido que disponer de lenguajes y paradigmas pero al fin ha tenido que ir dejando esa forma de vida al ritmo que los estados plantaban fronteras y se hacían dueños de la Tierra.

Solo cuando tras miles de años de ensayos la agricultura se ha ido consolidando, ha comenzado a imponerse –a regañadientes- el sedentarismo. Los expertos barajan este proceso entre 9 y 3.000 años, pero para entonces, los lenguajes ya eran perfectos y los objetos, sentimientos, procesos y fenómenos tenían sus nombres. Esta imposición sedentaria ha tardado mucho y aún en los siglos recientes había muestras claras de un nomadismo que fue antes la “forma natural de vida”.

El ser humano se ha enseñoreado de todo el mundo, ha cruzado desiertos, ríos, lagos y mares y les ha puesto nombres.

Ha hecho todo eso antes de que languideciera la época de nomadismo generalizado que hubo en ese periodo épico que injustamente llaman “Edad de Piedra”, cuando debería llamarse “Edad de la Doma de Animales, del Pastoreo y el Queso, del Cuero, de las Cuerdas y Nudos, del Tejido, del Conocimiento de las Hierbas y sus propiedades, del Descubrimiento de los Fenómenos naturales, de la Siembra, de la Navegación, etc. que otros pelean sobre nimiedades para diferenciar sobre si Paleo ó Neo alrededor de la piedra, que era algo necesario, pero no mas que un saquito de cuero, para sobrevivir, acumular conocimientos, crear las lenguas y finalmente para dar lugar a otra forma de vida sedentaria, aparentemente insuperable, pero que la actual pandemia ha demostrado que seres vivos solo mil veces mayores que algunos átomos, pueden desbaratar.

**CIUDAD.** Es el lugar ideal para vivir con seguridad, comodidad y disfrutando

del conocimiento y la riqueza que se concentran atraídos por esas garantías que ofrecen las casas, las calles y plazas, los templos, edificios sociales y –si acaso- las murallas y los guardias. La ciudad es la plasmación límite de la fórmula de asentamiento; no se concibe que historiadores o arqueólogos no intuyan y busquen ciudades (urbes, sedes, cities, iris e ilis) por doquier.

Cualquiera que sea el documento científico o divulgativo que uno lea, la ciudad parece ser el centro de la civilización, la fuente de donde surge el conocimiento y su derivada la cultura. Se da por hecho que un ciudadano está más arriba que un paisano, un pastor o un conductor de caravanas en el rango social. Se otorga a las ciudades un potencial creador enorme (ver, por ejemplo el caso ridículo de Abella en el sur de Italia, ciudad que asegura la erudición que dio nombre a las avellanas), cuando la realidad es que en ellas se crea principalmente Arte, algo bello para el espíritu pero inútil para la supervivencia, algo para las fiestas, no para – como dicen los catalanes-, “los días de cada día”.

La ciudad, sublimación del poblado ha llevado consigo el que la concentración de materiales perdurables, la alta densidad de restos arqueológicos y epigráficos haya hecho sobrevalorar su peso y función en la historia humana, olvidándonos de trabajar la Prehistoria.

La dispersión en la que vivían los contingentes humanos, su frecuente cambio de abrigo y la facilidad de degradación de la mayor parte de los materiales que usaban, hace que solo algunos lugares “trampa” como la Gran Dolina de Atapuerca, los hielos de los Alpes o algunos pantanos del Norte de Europa hayan ofrecido restos que nos hablan de una realidad desconocida y sorprendente.

También hay enormes yacimientos de información “no física”, ora dispersa, ora más concentrada en el mundo rural. Las nuevas técnicas harán aflorar estas reservas que casi siempre pasan desapercibidas.

**MIGRACIÓN.** Es un desplazamiento masivo de personas que se realiza exclusivamente por tierra. Se dibuja la expansión de la humanidad como una sucesión de migraciones que buscando espacios vitales para asentarse, recorría el mundo en grandes contingentes y “a saltos” hasta dar con un país aparentemente adecuado en el cual si está deshabitado las cosas ruedan solas o que no estándolo, el futuro se resuelva por la buenas o las malas.

La referencia del Éxodo de los judíos que duró cuarenta años para recorrer unos cientos de kilómetros, debería hacernos recapacitar sobre los límites de ese modelo tan recurrido como inviable si no se hace acompañado de rumiantes.

Pero el éxito de esos supuestos desplazamientos masivos, eran imposibles en un mundo que carecía de grandes reservas almacenadas y solo comenzó a ser ensayado cuando ya había numerosos contingentes sedentarizados que tenían sus redes de caminos y vados, sus silos llenos y animales en las cuadras y brañas, recursos que grupos extraños organizados en bandas o ejércitos, podían arrebatarles parcialmente mientras avanzaban.

Las migraciones en el pasado remoto no fueron como nos da a entender ese “relato desnado” que es la historia, sino que el mundo entero (al menos el mundo “templado” y en las grandes praderas, no viable en las selvas tropicales) fue un entorno general de micro-migraciones realizadas por grupos pequeños y autónomos

que aprovechaban los recursos del momento y se cruzaban frecuentemente con otros grupos con los que intercambiaban no solo información y materiales, sino las propias personas, que para establecer matrimonios o por otros motivos circunstanciales, acababan marchando con otros grupos.

Solo de esta forma se ha podido crear un sustrato como el que determina la lengua vasca, sustrato que abarca gran parte del contenido de lenguas que se encajan en el entorno que desde hace unas décadas se llama "indoeuropeo" tras haberse llamado inicialmente "indogermánico" por dar satisfacción a la sed de "origen" que tenían los alemanes y que les hizo delirar con lo ario y lo iranio.

Aparte de esas migraciones de grupos autónomos, hay evidencias de que otros contingentes más modestos sabían navegar, es decir, sobrevivir amplios periodos flotando sobre el mar e incluso evitar ciertos destinos o buscar otros. Es absolutamente falso que los fenicios fueran los primeros navegantes oceánicos del mundo y que el comercio fue lo que impulsó esta forma de desplazamiento.

ÁFRICA Y ORIENTE. Contaminada nuestra cultura por la repetición incansable de que la humanidad procede de África y que la cultura viene desde Oriente, apenas nos detenemos a pensar en una de las características esenciales de nuestro mundo, que consiste en que las franjas que pueden dibujarse en el sentido de los paralelos, tienden a conservar el mismo clima y –por tanto-, las migraciones estacionales de los grandes herbívoros, no se desarrollaban en esta dirección, sino perpendiculares a ella, es decir, en el sentido de los meridianos.

Es decir, las migraciones de animales, tenían una componente principal en el sentido Norte-Sur, si bien en algunas zonas podían incluir grandes desplazamientos a Este y Oeste. Así, los grandes animales a los que seguía el hombre, buscaban a lo largo del año cuarteles adecuados a sus distintas necesidades estacionales.

Es muy probable que la debilitación progresiva de aquel estado global de migración a favor del sedentarismo, hubiera hecho "olvidar" a las nuevas civilizaciones agropecuarias (civiles y sedentarias) como la Griega, que en un tiempo era conocida y comentada por todos la gran dimensión y variedad de la geografía continental e insular y que la insistencia de los cronistas griegos y romanos sobre un mundo ignoto más allá de las Columnas de Hércules, solo era consecuencia de la amnesia de la nueva forma de vida que había abandonado el nomadismo y la tradición oral.

Tras unos pocos miles de años "asentadas", estas civilizaciones urbanas se sorprendieron al saber de otras como la babilonia, egipcia, etc. e igual que importaban novedades (especialmente suntuarias) de aquéllas, acabaron creando un mito sobre el Oriente, su refinamiento, avance y creatividad.

Tal estado de creencias junto con la convicción de que el mar era una frontera infranqueable, sustentó los mitos –que aún perduran en ciertas disciplinas- que hacían de Oriente Medio, de la zona de la antigua Palestina, un pasillo ineludible para conectar África con Asia y Europa y de Mesopotamia y el Indo, una fuente inagotable de mitos y leyendas.

Este planteamiento de sumisión territorial, de renuncia a la exploración del mundo, es consecuencia de la comodidad agraria y de las ventajas de la nueva sociedad "de especialistas". La negación de una pretérita comunicación fluida a través del mar entre ambas orillas y entre todas las islas del Mediterráneo al menos

desde antes de que los Neandertales desaparecieran es consecuencia de la desculturización de los milenios precedentes: El mar ha sido más un medio de comunicación que una barrera.

## LATÍN LENGUA MADRE

Todos hemos estudiado que el Latín es la madre de las lenguas latinas y que ha influido en otras muchas, formando parte del tronco indoeuropeo. Hemos estudiado eso y eso es lo que había que responder en los exámenes.

Pero, ¿hay base sólida para ello?. ¡No! Y cada vez es más patente que ni las lenguas latinas derivan del Latín ni las explicaciones dadas desde la Ilustración se basan en parametrización alguna, sino en aseveraciones de eruditos y obispos, en elucubraciones y en la autoridad impuesta; vamos, que no resisten el mínimo análisis: Se han elaborado cientos de “leyes fonológicas” tramposas “a la medida”, leyes que parten de la idea “precocinada” de que el Latín fue primero y las variaciones llegaron después y se adaptan a ese patrón.

El latín tiene un mérito evidente que es el de haber sido vehículo de casi todo registro disponible desde hace 2.600 años. También es verdad que –como el Griego-, ha sido generador de una extensísima relación de neologismos, sin los cuales hoy en día no se podría hablar, pero de ahí a atribuirle la génesis de los conceptos plasmados en las lenguas, hay un salto de milenios.

Porque uno de los fallos principales es ese, que la carencia está en lo conceptual, en la finura semántica que –por desconocida- ha sido ignorada, dándose desde el siglo XIX más importancia a unas leyes fonológicas falsas y al estructuralismo que es inútil para la profundización diacrónica de largo recorrido; poniendo un símil tecnológico es como si en lugar de analizar la mecánica de un automóvil sacado del fondo de un lago para saber su año de fabricación, se detuviera el estudio en la pintura de la carrocería que puede haber sido renovada hace cuatro días.

La esencia arqueológica de las lenguas está en los conceptos, en la Semántica y no en la precisión del verbo, pero para entender esto hay que conocer a fondo lenguas como el Euskera.

Se han creado tantos intereses docentes, ideológicos y de negocio sobre el Latín y las lenguas latinas, que los agentes que lo manejan lo hacen sin percatarse de ello, navegando en un “mare nostrum” que parece tener respuesta para todo, pero que en las últimas décadas y desde que la información masiva y libre está disponible “al instante”, se está poniendo en duda de forma creciente, dinámica ante la cual, esos agentes responden a los disidentes, solo con la descalificación.

## CELTAS, CINETES Y OTRAS REFERENCIAS

Los escritos histórico-geográficos más antiguos y fiables sobre España se remontan a Herodoto; las docenas de historiadores, cronistas, geógrafos y militares posteriores, repiten, mezclan e interpolan citas del de Halicarnaso con algunas nuevas, por lo que los contrastes de la inmensa información disponible, exigirían – más que el estudio interminable por eruditos y aficionados-, de un procedimiento “informático” que fuera descartando las informaciones incoherentes de todos esos

fondos, para quedarse solo con lo auténtico.

Ese sistema aún no existe, pero tengo una gran confianza en que lo ya aplicado a procesos tecnológicos, llegará pronto a los anales históricos.

Desde Herodoto, los “Keltoi” y los “Xinetes” (Celtas y Cinetes), se repiten continuamente, los primeros hasta saturar totalmente todo el Occidente y Sur de Europa, limitándose sus explicaciones a cuatro generalidades que no permiten determinar que sus lenguas fueran una o varias, por lo que a pesar del enorme volumen de productos literarios y folclóricos, de seminarios y jornadas sobre lo Celta, nadie puede garantizar qué parte de verdad hay en tal ensalada; ni siquiera si la lengua pertenecía a un tronco o solo la cultura material coincidía.

Toda la elaboración del siglo XIX sobre los Celtas, todo lo escrito son flecos de un tapiz que no muestran dibujo alguno. Ni hay base física ni toponímica para proponer que los Gálatas fueran celtas ni el que lo fueran quienes deambulaban por las inmensas marismas, lagos y albuferas del Ródano (literalmente “gall i a”, en Euskera, la zona lacustre), ni los que ocupaban la España occidental, ni los que acabaron como una población principal de las islas británicas, fueran celtas.

La voz “keltoi” que usara Herodoto, tiene un significado tan genérico según el Euskera, que viene a “no decir nada”. “Geld oi” define a los sedentarios; literalmente, “los acostumbrados al sedentarismo”, de la misma manera que “xineta”, el “jinete” del Castellano que nadie sabe de donde viene, no es sino una variante del “djinetae”, en Euskera, “los movedizos”, los viajeros que cabalgan; dos concepciones que determinaron una decantación definitiva en dos formas de vida, que tras seis o siete mil años de Neolitismo, cuajó definitivamente con los grandes imperios.

Si eso es así, toda la celticidad, no es nada mas que una forma de vida universal, una tendencia imparable de los grupos humanos a asentarse por mera comodidad, una comodidad explotada inmediatamente por sacerdotes, reyes y militares para parasitar al pueblo: Un modelo que sigue ahora vigente y que quizás fue impelido por una explosión demográfica que iba haciendo cada vez más difícil el nomadismo.

¿En qué se basa lo celta en realidad?... En las repetidas citas erráticas y vagas de los cronistas y en poco mas; no hay apenas referencias a la lengua, no hay menciones a voces, verbos ni gramática y las palabras que en Castellano o Francés se hacen derivar del Celta, son casi todas vascas. Ver en el Anexo una breve relación de las más comunes.

Se nos dice que los “campos de urnas” son la mayor expresión de celticidad, pero tales enterramientos masivos no son sino la consecuencia de la evolución del nomadismo al sedentarismo.

Todo el mundo sabe que los pueblos nómadas cremaban los restos de sus muertos siempre que tuvieran combustible. La voz “reliquia-reliquiae” que nos la ponen en la cuenta latina, no es sino la ligera alteración del “erre il ki a”, en Vasco, “erre”, quemar, “il” muerto, “ki” derivado, procedente de... y “a”, artículo, en resumen, “restos del muerto quemado”, una solución rápida que permitía a las tribus seguir su viaje, reducir los restos del pariente muerto y repartir pequeñas porciones de su ceniza entre los allegados, salvando su recuerdo y evitando que los animales carroñeros devoraran los cuerpos.

Al llegar a la civilización y antes de afianzarse nuevas creencias, los nuevos sedentarios siguieron haciendo lo mismo, pero como ya no había que portar las cenizas consigo, se dejaron en recipientes en zonas que se transformaron en cementerios, al repetirse periódicamente los enterramientos.

Esa costumbre es absolutamente lógica y en ella la única diferencia podría radicar en la riqueza del muerto, lo cual determinaría si las cenizas iban en una orza preciosa o en una cajita de corteza o de madera: Como es natural, perduraron casi exclusivamente las lujosas, las hechas con materiales nobles y eso nos hace creer – erróneamente- que todos los celtas eran riquísimos y disponían de metal, cerámicas y artesanos de lujo.

Ya en la época romántica, las naciones sin una tradición consistente, se pelearon por ser celtas porque ello suponía un pasado más glorioso que el de los piojosos pastores locales.

Este es uno más de los sesgos de la arqueología que provoca no pocos delirios en los investigadores más dados a exaltar la grandiosidad que a aplicar el sentido común de forma preliminar.

El acceso a los Celtiberos es igual de artificioso y endeble: Se parte de unas ideas previas que tienen los eruditos y que consisten en la territorialidad como centro de personalidad común y en la creencia ciega de que lo que citan las fuentes es cierto y así, si a un lado había Iberos y al otro Celtas y ambos eran subsidiarios de un territorio, a las zonas fronterizas se las llamó Celtibéricas y punto.

Con la toponimia y antroponimia pasa algo parecido: Los investigadores ávidos de indicios, apuntan a la lista celta cualquier cosa sin una prueba previa del “algodón vasco”; así, “Arevacos” lo ven como “nombre claramente celta”, cuando en Euskera “ara bae ko” es un descriptor clarísimo que significa “Los de los valles bajos”, los de las llanadas o ven la exclusividad celta clarísima en nombres de lugar como “Besalú, Verdu, Salardu...”, cuando no solo tienen significado en Euskera, sino que todos sus componentes léxicos están en cientos de otros topónimos locales explicados por el Vasco (Berbesa, Besaarre, Besacha, Besaide, Besana...Alúa, Bambalú, El Palú, Papalús..., Verdeal, Verdello, Verdeña, Puigverd, Verdeguer, Verdino, Verdugal, Verdayes, Verdeás, Verdenaza, Verdiago, Verdiales, Verducedo, Verduces, Verdugo...Salarça, Salarices, Salarzón,,,.Mayalu, Latxalu...)

## LA TOPONIMIA Y LA ETIMOLOGÍA

Entre la gente culta se suele establecer una propensión –puro sesgo- a considerar las citas grecorromanas sobre países y ciudades o las grafías de monedas, medallas y téseras como el exponente clarísimo de nombres de estados, ciudades y aldeas.

Esas pocas docenas o cientos de supuestos nombres no es toponimia; toponimia es una inmensidad de información, un volumen tan grande, variado, disperso y sorprendente, que hasta ahora nadie ha estudiado de forma integral, científica y libre de prejuicios o intereses, por lo que se puede decir con total honestidad, que lo hecho hasta ahora es un juego de gabinete; no vale para nada.

Las manipulaciones enfermizas consistentes en cambios y alteraciones

sucesivas y exageradas para tratar de acercar los nombres vernáculos a sus ideas obsesivas que han hecho los tenidos por referentes de estas disciplinas desde comienzos del siglo XX hasta las últimas décadas de esa misma centuria, no se diferencian de lo que tramaron los estudiosos del siglo XVII en adelante. Ellos no eran totalmente culpables, porque –por una parte- estaban imbuidos en la convicción del origen grecorromano de nuestra cultura y –por otra- por mucha información a la que accedieran, sus fondos nunca hubieran podido compararse con las posibilidades de acceso a información, a datos, a historias y procesos que ha supuesto Internet a partir de la última década del siglo XX.

Solamente la disponibilidad “al instante” de docenas, cientos de topónimos de la misma genética, acompañados de sus numerosos datos correspondientes a localización, altitud, composición e historia geológica, procesos morfológicos y relieve, tipo de suelo, meteorología local actual y pretérita, cubierta vegetal “potencial”, condición administrativa y hasta citas históricas y mitos, desarma la práctica totalidad de lo publicado hasta ahora.

Lo mismo sucede con el proceso léxico etimológico, antes muy condicionado por las limitaciones de disponibilidad y/o el manejo de multitud de diccionarios y atlas lingüísticos que hoy en día están al alcance de cualquiera, aportando –además- la expresión sonora de las voces, lo cual se erige en una herramienta impresionante para el análisis y la determinación de la evolución diacrónica de las voces.

Puede ser, tiene que ser doloroso para los que han basado su recorrido académico o su afición erudita en los referentes clásicos, cerrar esos libros definitivamente y guardarlos como paradigma de cómo la ciencia que descubre y refrenda el hombre se va acercando a la esencia con movimientos adelante y atrás, con correcciones y teniendo que dejar muchos caminos que antes parecían certeros.

Es necesario comenzar a reescribir la toponimia y la etimología y para ello es esencial contar con el idioma vasco, con el Euskera, aunque para “ajustar” esta herramienta extraordinaria, será necesario recurrir a un gran caudal de información que atesoran otras lenguas, algunas muy familiares como el Castellano, Francés y Catalán y otras progresivamente más alejadas como el Inglés o Alemán. También hay información en las lenguas indias actuales como el Hindi o el Gujarati, variantes del antiguo Sánscrito, diluyéndose después las coincidencias para ser imperceptibles ya en las lenguas camíticas, en las orientales y en las subsaharianas.

El papel de la toponimia puede ser determinante a la hora de marcar el rastro del proceso nominativo de un lugar porque de la combinación de datos “fósiles” innegables con voces que denominan regiones, comarcas, lugares o predios, se puede denunciar la inconsistencia de las explicaciones “históricas”.

En Bizkaia hay un topónimo muy popular que se halla repetido a ambos lados de la ría del Nerbión; dos lugares separados apenas 500 metros, pero que mantienen su nombre con empeño, apenas diferenciándose en el apellido. Se trata de Lutzana Erandio y Lutzana Barakaldo.

Su análisis multi variante pone de manifiesto de forma rotunda, que hace 8.000 años, quienes rondaban por allí presenciaron algo espectacular, un suceso extraordinario que llevó a que se pusiera un nombre rotundo al lugar - quizás desplazando para siempre un nombre anterior- nombre desde entonces sigue

vigente y que la ciencia reciente ha permitido relacionar con el tipo, alcance y momento de un movimiento de la corteza terrestre.

Sucesos parecidos se han dado en topónimos muy famosos como Galia, Dardanelos, Etna, Vesubio, La Mancha (canal y región), Urbión... y con menos espectacularidad en infinidad de lugares cuyos nombres aparentemente absurdos, guardan un mensaje que pronto se descubrirá.

## LA VASCONIZACIÓN TARDÍA

Un mosaico es un precioso ejemplo de creatividad humana compuesto de tal manera que cientos de pequeñas lajas de colores se ajustan entre sí para crear una imagen artística.

Quienes hemos montado mosaicos sabemos que es posible desmontarlos y crear con sus piezas otras figuras aunque su belleza no pueda compararse a la del original. El temor que siente un artista al que le pidan desmontar un mosaico avanzado para hacer otro con sus piezas debe ser muy parecido al que sienten los profesionales de la erudición histórica y de la interpretación de toponimia y etimología cuando alguien sugiere que los nombres de tal o cual región que ellos explican con referencias romanas o celtas les suenan a vasco.

Para conjurar esa amenaza que periódicamente agitaban algunos excéntricos, se ha echado mano de cuanto se podía y se han rescatado escritos de los siglos XVI y XVII, como las opiniones de Arnault Ohienart sobre la idea de que el Euskera aquitano viajó hacia el Sur ya en época histórica, determinando una vasconización posterior. Arnault, que como otros, creía que la historia del mundo era cuestión de tres o cuatro mil años, no podía imaginar una Europa entre Asia y África, que llevara varios cientos de miles de años siendo recorrida en todas direcciones y sin fronteras infranqueables para sus componentes.

En el país Vascofrancés, a los aquitanos hace cien años aún les llamaban “gaskoñ”; “gaskoñ djeloskorra”, gascón celoso, sin saber que gascón y baskón es lo mismo. A nivel regional es imposible pretender marcar direcciones de expansión; es una quimera.

Eso no quita para que oportunistas sin un conocimiento mínimo del Euskera, como Adolfo Schulten, escribieran generalidades sin profundizar ni descubrir nada y se hicieran acreedores de premios y sillones por apoyar desde fuera lo que querían asentar los poderes locales. Schulten postuló la expansión tardía del Euskera hacia el Sur, más como un razonamiento en base a cuatro datos, que por el contraste de una información mucho más amplia que descansa en el territorio y que él no sabía manejar.

Años de trabajo sobre “tartesía” sabiendo que durante largos periodos geológicos, el Guadalquivir presentaba en su desembocadura dos grandes rías en medio de las cuales había una isla estable no le aportaron la luz que cualquier aldeano de Arratia ve en ese nombre y se lo diría al momento; “Tarte-esia” no es otra cosa que “la muralla de en medio”, una forma genérica y familiar de llamar a una ciudad.

Los dos brazos en que el río Hudson se abre en su desembocadura, dejaron a la isla de Manhattan a finales del segundo milenio, en una situación muy parecida –

salvando las dimensiones- a la que pudo tener tres mil años atrás la isla de la boca del río Betis. Nueva York consolidó sus playas con diques y sus tierras con cimientos, pero "tartesia" fue devorada por los cambios de nivel del mar, por los tsunamis y las grandes avenidas.

En el anexo se aportan algunas de las traducciones de topónimos que los últimos explotadores de esa teoría tardovaskona citaban como celtas en la presentación de su serie televisiva llena de alardes tecnológicos, pero hueca, sino malintencionada.

Si el lector consigue conjurar esta lista de pecados culturales y abraza una abstracción liberadora de estos prejuicios establecidos, podrá acercarse a otra forma de ver la trayectoria de la humanidad en esta parte del mundo, una forma muy diferente a la que nos presentan las disciplinas conocidas como "Humanidades".

En esta interpretación es clave el papel del Euskera arcaico como llave para entender cómo se han ido formando las palabras del lenguaje y cómo se ha dado nombre a los lugares del mundo.

## **ANEXO**

- **Relación de voces que con el beneplácito académico, son consideradas celtas.**

Hay que rastrear numerosas bases y documentos específicos para encontrar un par de docenas de voces que se asignen al Celta. Esta escasez ya hace pensar en lo endeble de todo cuanto se ha escrito sobre la cultura Celta en España y sobre el supuesto y repetidamente descrito solape de los celtas invasores con los nativos iberos para dar ese calidoscopio tricolor de una península en franjas.

Franjas que solo está en la interpretación a rajatabla de nuestros eruditos, de las menciones de los cronistas romanos. Franjas que carecen de cualquier coherencia en un territorio tan "plegado" como es España y en el que la comunicación entre regiones naturales la marcan los sistemas montañosos y algunos ríos, no siendo un territorio isótropo y por tanto, no teniendo sentido las franjas.

Quizás la palabra más repetida entre las supuestas voces celtas sea la –recientemente- popular cerveza, que se ha encontrado referida como "cerevisia" ya en Plinio y se ha tomado –sin mas- como voz "celtolatina", aunque los británicos aseguren que en el Protocelta, ese brevaje se llamaba "gelorâ".

La histeria cultista especula sobre si la diosa Ceres y sus granos estarían en el germen del nombre, demostrando que no se han parado a pensar lo absurdo de establecer que una bebida con decenas de miles de años de antigüedad hubiera tenido que esperar a que la afectada cultura del imperio creara templos, diosas y sacerdotes, para que unos trogloditas llamaran de alguna manera coherente a ese líquido amargo...

Cerveza y sus formas cercanas solo se usa en las lenguas ibéricas y sus significado

está más cerca del Cerdo y de Ibiza que de la diosa con su manojito de cereal.

Puede que algún día se sepa desde cuando los grupos humanos itinerantes han sido capaces de elaborar vino, pero si hay algo en lo que coinciden todos los analistas, es en que cuando se conseguía vino, este se despachaba inmediatamente, forzando la fiesta y la celebración si hacía falta, para disfrutar de él en una compañía selecta: El vino fue durante milenios la bebida magna.

Eso quiere decir que otros brebajes estaban por detrás del vino en su valoración. Si escribimos “zer (b) eza” con esta grafía en la que tan solo se introduce una oclusiva para mejorar la ilación y sonoridad del nombre, es fácil entender que la denominación es peyorativa porque comienza mencionando la sustancia, la esencia, “zer”, para –a continuación-, negarla (“eza”, carencia). Aunque muchos no se lo crean, cerveza significa eso, “la insustancial”, la bebida segundona, la de relleno.

La moderna sociedad con excedentes de cebada, transporte barato, frigoríficos y barriles a presión o latas de un solo uso, ha elevado la cerveza a una demanda desconocida tan solo hace cincuenta años y ha hecho olvidar que esa bebida –hoy imprescindible para un gran sector social- era hace unas décadas, apenas un capricho para cuando en las fiestas, algún carromato la ofrecía como “algo distinto”.

Otra voz, otro grupo de voces asignadas habitualmente al Celta no sin titubeos, son las referidas a la bravura y el brío.

La primera, porque no se considera “comercial” asignarla al latino “pravus” y ante esa dificultad se buscan enlaces con lenguas germánicas o con el Celta, que podrían defender una voz cercana como “brío”, adjetivo que se asocia con la potencia.

De cualquier manera, la obsesión por asignar orígenes extraños incluso a las palabras españolas más genuinas, lleva a los académicos a continuos círculos realimentados desde la hipercultura latina, que les impide ver más allá de sus documentos.

“Barrá” es la expresión euskérica neta de los testículos, ¡los cojones! Y “bo” es el adverbio de afirmación de lo evidente; así, “barrá bo”, no dice otra cosa que “¡hay cojones!”.

El “brío” se suele defender como celta con más convicción puesto que se asume “brigos” como fortaleza (castro).

La hipótesis falla doblemente. Primero porque la voz original, la de la toponimia, no es “brigos”, sino “briga”, contracción de “bir”, duplicado e “iga”, subida, elevación, resalto.

Briga eran las construcciones rústicas que se hacían en lo alto de muchos de los infinitos cerros españoles y que consistían solamente en allanar la cima, depositando lo arrancado en forma de escalón, para dificultar tanto el que los ganados escaparan por la noche, como que los depredadores accedieran cómodamente.

Esos resaltos iniciales o “korta, korte” (nombre de la cuadra en Euskera y en varias zonas castellanas) se mejoraron con el tiempo aplicando mampostería y consolidando muros y entradas, lo cual llegada la época de las invasiones, sirvió

perfectamente como elemento disuasorio ante los posibles atacantes, que además de subir hasta los cerros, una vez allí debían de trepar el resalto soportando una lluvia de piedras, dardos y excrementos.

La briga céltica no es tan céltica sino ibérica y no es un fuerte glorioso y épico sino un establo “mejorado”.

El “brío”, era probablemente la energía que hacía falta para trepar la briga, es decir “bir igo”, siendo “igo” el tiempo verbal relativo a la subida.

El multi presente “camino” es otra de las voces asignada alegremente al Celta “cam”, paso, filtrado a través de un supuesto celtíbero “camanon”.

Otro empeño imposible que no ha contado con el Euskera; en el “protocelta”, al paso se le llama “ban/man” y para el camino hay grandes dudas entre “bautru, biti, sentu...”, es decir, nada de nada cercano a cam.

“Kamé” en Euskera es el efecto que produce el acto de pisar reiteradamente o de apoyar cargas sobre un suelo vegetado. “Kamé” es la huella que va quedando en las sendas que trazan las ovejas y otros animales gregarios o de hábitos repetitivos; “kamé” es el lugar donde duerme la liebre cada noche y que ha dado origen a la cama y al camino.

“Kame eiño”, literalmente, depresión dura creada a base de pisar, de la compactación.

Por mucho que nos tienten las grandezas imperiales y las vías romanas con carretas, el origen de los caminos ha sido pedestre; los caminos elementales han sido las sendas creadas a base de pasar y pasar, de ralentizar el crecimiento de la vegetación local, de compactar el suelo e ir marcando lugares con “garantía de paso”.

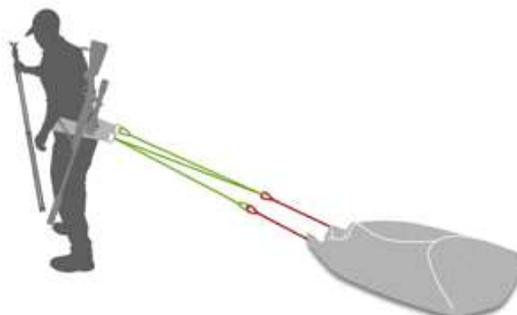
Los primeros caminos no tenían nada que ver con las vías romanas construidas con criterios edificatorios, con retirada de suelo vegetal y aporte de gravas y zahorras, “recreciendo el terreno”. Los caminos antiguos, como dice la canción, se hacían al andar, pisando, hundiendo el suelo.

La “camisa” es otro sustantivo asignado tradicionalmente al Celta y que ya Isidoro de Sevilla decía que era una “prenda de cama”, señalando a su inicio “cam...”. Puede que no anduviera muy errado el santo sevillano, porque la terminación “isa” es la expresión vasca para el tejido, la tela. Así, las sábanas se llaman “isara” (“isa ara”, tejido plano, liso, sin formas) y en cuanto a “kam”, aunque apunta mejor a la modalidad de vestido (“gan”, superior), que se viste por la cabeza, también pudiera ser “kamé isa”, roma de cama, donde “kamé” es el regazo entre heno seco, el hoyo, la cama incipiente, como la de la liebre.

Algo parecido sucede con el carro, armatoste al que todos los autores copiándose mutuamente envían al Galo “carros” y este lo hacen proceder del Celta sin más explicación.

El carro, la plataforma con ruedas, invento tan tardío como poco útil hasta que hubo infraestructuras para su uso sistemático, recibió el nombre de otra técnica previa que –esa si- se usaba a diario para trasladar animales abatidos u otros objetos masivos sin que estos se dañaran por el roce.

La técnica consistía en arrancar una rama de tamaño y morfología adecuada, colocar la pieza sobre la parte de copa y tirar desde el tronco. Hoy en día los cazadores usan arneses y sacos especiales para ello.



Esa forma de traslado de piezas, el arrastre, se llamaba “karr” y de ahí surgió el verbo “cargar” a partir de la forma “kar ga”, que quiere decir, “sin arrastre”, es decir, soportando su peso, llevándolo sobre el hombro o a lomos de animales.

Cuando las sociedades evolucionaron, hubo un sistema intermedio de transporte situado entre las ramas elementales y los carros. Un sistema que consistía en una especie de trineos que podían ser “pesados” como el de la fotografía y destinados a acarrear troncos o piedras por parejas de bueyes o “ligeros”, con la forma y dimensiones de un trillo, para ser tirados por un asno y trasportar hierba a través de las campas hasta los silos o metas.

Yo mismo monté en los años sesenta en uno de estos artilugios que en Bizkaia se llamaban “narrá”, arrastrador, para distinguirlo del carro, que rodaba.

La mecanización del campo y la apertura de infinitos caminos hizo que toda esa sistemática desapareciera en unas décadas.



El “karr” original cedió su nombre –poco a poco- a la nueva forma con ruedas a lo largo de los siglos o milenios que ambas coexistieron. La “o-u” final no es sino un aumentativo, un distintivo del tamaño superior de los nuevos elementos.

En el Euskera actual el transporte en general, “garraio”, sigue conservando la raíz “garr, karr” del arrastre con que se inició esa actividad.

Otra voz asignada gratuitamente al Celta es la que designa a las antiguas baldosas de piedra, la “losa”. Para tal osadía les basta con haber visto alguna mención en latín en referencia a zonas supuestamente celtas, donde se hablaba de piedra tallada con la expresión “lápides lausiae”.

¿Es que nadie ha buscado en el Euskera, donde “lau” es la modalidad cuaternaria, es decir, hablando de formas el polígono cuadrado?.

“Lausiae” es la “lautza” vasca, “la de cuatro”, a partir de “lau” y “tza”, conjunto, entidad, en referencia a las caras y para distinguirla de exágonos u otras formas poligonales.

- **Relación de topónimos que los autores de la serie “La Vasconización Tardía”, dan como de indudable origen celta.**

En la presentación de la serie, uno de los actores comentaba que Gorbeia, Anboto, Oka, Nerbión, Deba ni otros topónimos del País Vasco eran vascos, sino celtas.

¡Veamos si hay coherencia en esta afirmación!

Gorbea; así está bien; la adición reciente del relincho para hacer Gorbeia, es solo una mamarrachada. Con esa “i” pasa a no significar nada, como cada vez que nuestros empleados de la academia se afanan por cambiar algo, algo que solo celebran los fabricantes de carteles de tráfico, de mapas y de diccionarios... además de algún que otro infeliz que aún puede creer que en los despachos y seminarios de Lengua, de Geografía e Historia de la UPV se hace algo más que mercadear por publicar algo (casi siempre insustancial).

Para empezar, “Gorbeia” como nos lo han impuesto hace unos años, no significa nada y además, el triptongo “eia”, no aparece en todo el huso 30 de España; no existe mas que en el extremo occidental, en el huso 29 y ello en tan solo cinco casos, consecuencia de las últimas décadas galleguizantes. Error de bulto y dispendio de dinero público.

Su verdadera estructura y sonido en los caracteres corrientes, sería “Go-orbea”; ambos lexemas totalmente vascos que se funden para hacer “Gorbea”. Quien haya subido al Gorbea, a la cruz por Giriñao, habrá podido comprobar cómo el último tramo no solo es duro, sino que el suelo se halla en forma de escalones irregulares, fruto de una “reptación” pretérita consolidada, fosilizada, contrastando con la subida desde Arraba que es tendida, suave. Esa remoción del suelo es lo que se llama en Euskera “orbatu, urbatu”.

El nombre elemental es “el alto removido”. Tan vasco como Aitzgorri.

¿Que Anboto tampoco suena a vasco?. ¡Pruébese a desENERgizarlo y póngase la eme como manda la Academia Española sin rubor. “Anboto”, tal así ya está listo para el análisis. “Amb” es la raíz que crea “Pamplona” exorcizándola para que por fin pueda librarse de esa broma secular y pesada que nos hace decir que su nombre viene del coronel Pompeio si no queremos suspender el examen de

madurez.

Amb, Amp, es la raíz que significa derrumbadero, cantil, cornisa por donde nuestros antepasados despeñaban –cuando podían- las manadas de vacas acosadas. Está en Pamplona “Be amp-el-ona” (bajo el buen cantil en referencia a Larrochapea, que significa lo mismo, “bajo la roca”) y está en Amboto y en otros dos buenos cientos de nombres de lugar en España y en algunos más en Francia o Marruecos, por ejemplo, tanto con ene como con eme: Anbe, Anbei, Anbeko, Anbeliz, Anborta... Ambo, Amboade, Amboaxe...

La fama de Nervión como voz celta tiene un origen hiperculto y una descarada ausencia total de cualquier búsqueda de rasgos geográficos en su ámbito espacial, que es lo primero que se debe hacer. Por cierto, las variadas “teorías célticas” tiran ahora a prescindir de la fuente centro europea y pensar en la periferia occidental (ver a John Koch).

En el caso del río burgo-bizkaíno, es necesario acercarse a la zona de su nacimiento y desplome para comprender su posible significado, ya que la rareza de su génesis hace que el nombre no sea muy prodigado. Hay que ir a Delika tras una semana de lluvias intensas en los altos de La Losa.

Casi es mejor una foto previa a la descripción que indica que el río nace de dos vertederos: “Lerr bi oi”. “Lerr” más usado como “leer” es el verbo que expresa el desparrame, la explosión y su cambio a “ner” ha sido muy frecuente en el pasado (Lebrija/ Nebrija, Lázara/Názara...). La duplicidad del “bi” no necesita explicación y el “oi” final, con significado de habitual, frecuente y que en cientos de casos (“leoi/león”, “botoi/botón”, “bastoi/bastón”...) ha acabado en “on”, completan su evolución de “ler bi oi” a “Ner bi on”, literalmente “El de dos nacaderos”, no hay dioses Nervos ni guerreros celtas en el Nerbión.



Deba, Deva, es otro de los topónimos “insignia” de los defensores de su celticidad.

Primero la toponimia, luego la fantasía.

Con uve, be, o incluso con u, en nuestro entorno, este topónimo suena a río y a población. Casi todo el mundo sabe que existe un río con ese nombre en Gipúzkoa, otro en Asturias y nada menos que dos en Galicia y casi todo el mundo ha leído en alguna ocasión que su nombre es de origen celta, aunque casi nadie sabe que hay

un Riodeva en Teruel donde no anduvieron tales celtas (según lo que hoy se enseña).

Pero en Europa, la “Deva” más conocida es la preciosa ciudad Transilvana a orillas del río Mures, aparte de varios ríos Deva, alguno en Francia (escrito “Dive” y pronunciado “dev” entre Orne y el canal de La Mancha), en Mesopotamia, en Sudán (Debba)...

Y no conviene olvidar que el río Dee que desemboca en Aberdeen, Escocia, antes se llamaba “Deva”.

Pero –sin ir tan lejos-, en la toponimia española hay –aparte del río y pueblo gipuzkoanos, numerosas “debas” variantes, como “Debarana”, altozano en Tierra Estella, “Debaster”, un promontorio en Lizarraga, Navarra, “Debata”, un picacho de más de 1100 metros cerca de Aralar, “La Debasa”, un collado a casi 1500 metros de altura cerca de Barruelo en Palencia, “Rideba”, un arroyo en El Campezo, Álaba; “Valdebas”, un vallecito en San Esteban de Gormaz, Soria; “Adeba”, un barranco cerca de Córdoba; “Debaix”, una masía en Sant Antoni, Ibiza...

Aunque son mucho más numerosos los de grafía con “uve”: “Deva”, un pico irrelevante en la margen izquierda del Río de la Vega en Asturias; “Fuente Deva”, cerca de Peñafraña, también en Asturias; una aldea a casi 1200 metros de altura en Los Ancares, Lugo; Río Deva en A Cañiza, Pontevedra; otro Río Deva y varios derivados en Gomesende, Orense; arroyo Valdedeva cerca de Cadasnos, en Huesca; Collado de Deva en Burgariña, Pontevedra; Sierra o cordal de Deva en Fonfría, Asturias; Isla La Deva en el cabo Punta Vidrias, Asturias; Riodeva (río y pueblo) en Rincón de Ademuz, enclave Valenciano en Teruel...

Muy conocida por los andarines es la Fuente Deva cerca de Gijón que llaman “el güeyu” en Bable, algo así como “el ojo” en referencia a un manantial que salía de la roca y sobre el que se construyó el precioso lavadero de la foto.



Aún hay algunos topónimos en que la “semiconsonante” uve, dio en “u” (¿o ha sido al revés?), como: Deu (transformado a Dego), un poblado en Cangas de Onís, Asturias; Deu de L’airid un arroyo de ladera en Figueres, Girona; Deula, pico, arroyo y fuente en Serra, Valencia; La Devera, una ladera en Xerta, Tarragona; Deustu, una ladera cerca de Durango, Valdeusto en Burgos o el propio Deusto en Bilbao...

Llama la atención, que no siendo los topónimos de esta sonoridad tan abundantes en los países cercanos de Europa, si lo sean en Túnez y Marruecos, donde ya en un

primer repaso sobre toponimia mayor, aparecen decenas de ellos (Oued Deba, Rbar. Deba, Bir ed Deba, Henchir Deba, Ed Deba, Jbel Deba...).

Como resumen de la toponimia hay que decir que la voz “deva” con “be” o con “uve”, con uno u otro acento, con vocales más o menos largas y expresada en continuo o con pausa, es “multi frecuente” en esta disciplina.

En España, único país en el que se ha trabajado la “micro toponimia”, hay más de treinta casos pero todo indica que en cualquier país donde hay roca caliza e incluso sobre otros tipos de rocas friables, la voz va a estar presente. Este hecho de la replicación de nombres en la toponimia Eurasiática, Nofricana y Macaronésica invita a olvidar teorías etnicistas (como la céltica) que quieren recrear situaciones de hace menos de tres milenios, para investigar algo muy, muy anterior.

Dejando de momento la toponimia para entrar en la fantasía, los más leídos, saben también que Hinduístas y Zoroastrinos, tienen entre sus deidades una “Deva” buena (los primeros) y otra mala, así que los propensos al mito, tienen fácil la búsqueda de parentescos. En realidad esa propensión casi automática para considerar celtas estos topónimos, arranca de que en la lengua Sánscrita y para el sexo masculino, se denominaba así a los fenómenos positivos, luminosos... de donde se acabó tomando como divinidad y se consideraba a los celtas como la cadena de transmisión de las “cosas védicas” hacia occidente, cosa que placía a los germanos.

Es de sobra conocida la presión que la cultura germánica aplicó durante el siglo XIX a su obsesiva búsqueda del supuesto origen ario (o iranio), siempre guerrero de su raza y lengua y de la celticidad como muestra de uno de los trayectos históricos, con lo que numerosos indicios no suficientemente escrutados e ignorando los substratos muy anteriores a la edad del hierro, han sido metidos en el saco de lo celta.

Así, dentro de nuestras fronteras, hay incluso entre los nativos devotos de la teoría Indo Germánica, una insana propensión a la deificación de elementos físicos como puede ser el agua, que se repite aquí y allá, como por ejemplo en una cueva segoviana donde aparece la inscripción “DEVAE CORNE...” y el intérprete concluye de forma temeraria, que la referencia lo es a “una diosa relacionada con las aguas y en concreto con el río Cega”.

Los expertos en “letras” tienen una debilidad crónica por ver procesos divinos, mágicos, místicos, donde otros solo vemos descripciones físicas y sensoriales. Esta es una herencia difícil de erradicar, porque el “edificio” del que viven, se soporta en estas cadenas de fantasías que se repiten desde las primeras epigrafías disponibles y que tratan de colocar al hombre tras la estela de Dios.

La cueva de La Griega (que así se llama el yacimiento del ejemplo), nunca ha sido propiedad de una muchacha helénica, sino que es una alteración de la voz prerromana “Largiega” (al igual que los apellidos Largacha, Largo o Largoitia) y ha sido frecuentada durante decenas de milenios en el Paleolítico, por cazadores y pastores que han dejado innumerables grafos en sus paredes mientras descansaban- seguramente detenidos por una tormenta-, entre los cuales, el atribuido a Cornelius, es de los últimos, señalando que la época nómada ya languidecía.

Volviendo a la base “deva” y a la opinión mayoritaria en los círculos cultos sobre su celticidad, hay que ponerla en cuarentena, porque de las voces consideradas célticas para denominar a las deidades masculinas, hay tres más o menos

aceptadas, que son “Deiwo”, “Kamulo” y “Lugu” y otras varias dudosas, como “Arjoman”, “Desos” o “Noudant”.

Entre las femeninas, “Briganti” y “Fanon”.

Aparte de que sería una casualidad imposible que casi una treintena de “deiwos” se transformaran simultáneamente en “deva” desde Rumanía hasta Galicia, suponiendo que sea a este teónimo al que se refieren los profesionales del celtismo, la presencia en toponimia de voces parecidas a “deiwos” no llega siquiera a una parte del potencial que el Euskera dispone para denominar topónimos y no digamos en lo que a los temas “supra humanos” se refiere; concretamente su lexema “de, dee”, multi presente en toponimia y léxicos y que tiene un significado doble, como adjetivo y como verbo.

“De” adjetivo, indica superioridad moral, divinidad y con esta raíz hay tal cantidad de derivados y tan elaborados, que las formas sánscritas, griegas o latinas quedan como claros derivados del lexema vasco.

“Dee” (Ver el ADN del Euskera en 1500 partículas) como verbo, tiene un claro significado físico entre el vertido concentrado (no extensivo) y la acción de exprimir, extraer, verter, manar de forma concentrada, en chorro o cascada.

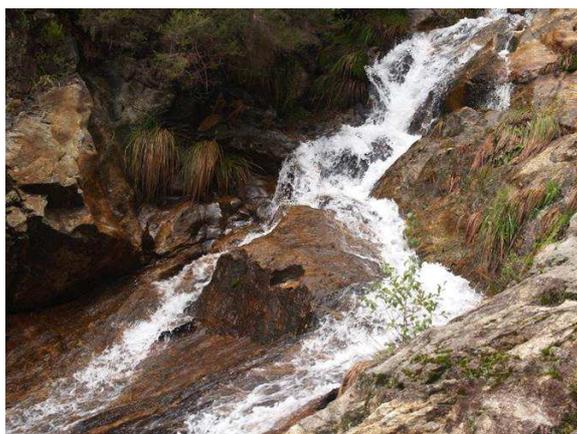
Por otra parte, “eba” es la raíz sustantiva para el tipo de corte longitudinal aplicado a un material o elemento, por ejemplo, una diaclasa, una grieta o un “ojo” en una roca, de manera que el compuesto “dee eba” no sería otra cosa que “la grieta que vierte”.

Pongamos que la cola de la voz “deva”, no proceda de “eba”, sino que lo haga de “ua”. Se tendría “dee ua”, esto es , “vertedero, manadero de agua”.

Como decía un maño amigo mío, “pál caso...de Tauste”.

Vayamos ahora al “quid” físico de la cuestión, río por río.

El Deva de Pontevedra, que nace en La Cañiza, saca sus primeras aguas en una grieta imponente, cuajada de “fervenzas” o cascadas. Ver imagen.



Lo mismo se puede decir del Deva de Ourense, que naciendo en una grieta de la Serra do Faro, sus primeros dos kilómetros discurren por una garganta muy estrecha. Ver imagen.



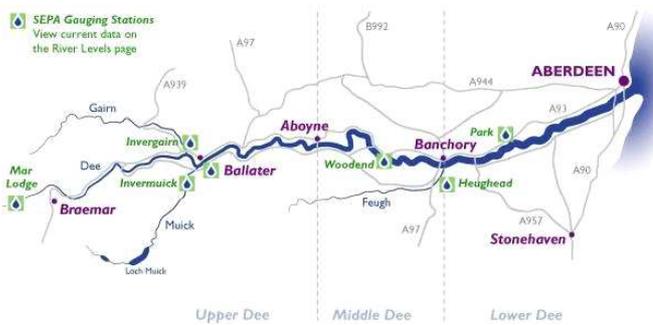
Y, ¿Riodeva en Teruel?, pues lo mismo pero multiplicado, porque en vez de nacer en montañas de granito como los Devas gallegos, lo hace entre calizas mucho más “mecanizables” por el agua que aquella roca plutónica, de manera que este Riodeva (es decir, Deva) es conocido por sus sucesivos manantiales que brotan de la roca y que allí llaman “amanaderos”. Ver foto.



Si seguimos con el Deva Cántabro-Asturiano, su nacedero es una verdadera grieta en las calizas de montaña, que llaman “De” (Fuentedé), posiblemente en origen, “dee”.



Y del mismo tipo de fractura, aprovechando un raro entorno de calizas en ese país, es lo que encontramos en el Nordeste de Escocia, en un río que los romanos denominaron “Deva” y que hoy se llama “Dee”. Ver imagen y plano.



Siguiendo en Escocia, un poco más al sur, está el río Devon, afluente del Trent, que los latinistas deforman para llamarle “Divine”, cuando su nombre es correcto, ya que “Dee bon”, equivale a “poza del manantial”, donde ese “bon”, es el mismo de los “ibones” pirenaicos. En la imagen, “Caldero del Devon” (Devon cauldron).



En el Deva alavo-gipuzkoano, ahora modificado a “Deba”, porque el Euskera actual no usa la “uve”, el nacimiento en Hiruerreketa, no es “geológicamente” tan espectacular, pero varios de sus afluentes que se originan en zonas calizas, tienen no pocos nacedores singulares: Angiozar, Aramaio, Oñate, Kilimoi... que le hacen merecer ese nombre. En la imagen, nacedero principal del Deba.



¿Resumen?, que no hay nada divino en los devas del mundo; tan solo una expresión exacta de lo que nuestros antepasados veían sobre el terreno y que se repite en cientos de casos sobre el agua y sus formas, las rocas, sus materiales y su fisiografía, los suelos y la vegetación, los itinerarios y sus problemas, etc. etc., que la pretensión de dioses, lamias y gentiles denominando los lugares solo tiene un soporte fantástico creado en épocas “urbanas” por quienes desde el poder político o religioso, querían condicionar las creencias de los pueblos de los que vivían.

Nuestras universidades y academias llevan siglos perdiendo el tiempo devotas sobre un paradigma (el de la supremacía greco latina) que no explica el verdadero fondo de nuestro origen. Lo vimos en Noviembre del 2015 en el Campus de Vitoria, cuando los cachorros de los actuales catedráticos se liaron la manta al cuello y lejos de abrirse a investigar nuevos campos, se limitan a recitar los mantras que les dan de comer y les garantizan una futura poltrona... si son buenos.

¡Que pena de Universidad!